

DE LA PACIFICACION AL DESARROLLO SOSTENIBLE

Discurso del señor Presidente de Costa Rica,
Ingeniero José María Figueres, en la apertura de la
XV Reunión de Presidentes Centroamericanos.
Guácimo, Costa Rica, 18 de agosto de 1994.

Excelentísimos señores Presidentes, señora Presidenta de Nicaragua y señor Primer Ministro de Belice; excelentísimos señores embajadores, jefes de misión, ministros, observadores e invitados especiales; señores miembros de los supremos poderes; señora Gobernadora de la Provincia de Limón; señores regidores; amigas y amigos:

La provincia de Limón, que hoy nos ofrece su suelo para realizar esta Decimoquinta Reunión de Presidentes Centroamericanos, junto con todo el pueblo costarricense, les brinda su más fraternal bienvenida. Aquí, en esta tierra de gentes alegres y laboriosas, acompañados de lluvias fuertes y calores intensos, y de una riqueza natural espléndida y exuberante, pensaremos y decidiremos sobre el futuro de nuestros pueblos. De pueblos empeñosos y sacrificados que, como el de Limón, esperan mayores oportunidades para surgir y progresar con su propio esfuerzo.

Una vez más, los representantes de los países americanos que se extienden desde el Darién hasta el Petén, nos reunimos para revisar y replantear el rumbo de nuestro destino. Traemos grandes esperanzas, para compartirlas y convertirlas en faros que iluminen nuestro camino. Traemos dudas y preocupaciones comunes, para discutir las en conjunto y esclarecer mejor nuestras acciones. Y también traemos las experiencias acumuladas en nuestra historia compartida, para facilitar el paso por la historia que nos queda por hacer.

En las luchas conjuntas que los centroamericanos he-

mos emprendido desde nuestra independencia, hemos gestado una rica tradición de solidaridad y compromiso que hoy conviene recordar. En cada período, hemos tenido distintos ritmos de avance. Pero, invariablemente, la gran tarea de la integración centroamericana se ha mantenido vigente y en constante evolución.

Costa Rica, al igual que nuestros países hermanos, siempre fue un participante activo de los esfuerzos regionales. Pero debemos reconocer que, en tiempos muy recientes, la presencia de mi país en la región se desdibujó. Por un corto lapso, caímos en la ilusión de un desarrollo a espaldas de nuestra posición geográfica y de nuestras raíces. Pero esa fugaz desviación de nuestro histórico proceder, sólo ha de servirnos para retomar con renovada fuerza, nuestra vocación centroamericanista.

Hoy los costarricenses estamos hombro a hombro con los hermanos del Istmo. Queremos compartir, queremos aportar, y sobre todo, queremos aprender. Hoy los costarricenses estamos plenamente involucrados en la definición de ese nuevo rumbo que esperan con ansia nuestros pueblos.

Tenemos la gran dicha de buscar ese rumbo en una Centroamérica que es muy distinta a la de hace diez años. En ese corto tiempo, la región ha venido cambiando la guerra por la paz; la división por la integración; y la frustración por la esperanza. Con un inmenso costo humano, y enfrentando dificultades indescriptibles, hemos venido extinguiendo los

conflictos fratricidas que nos dejaron tanto dolor y nos alejaron tanto de la senda del desarrollo. Hoy, cuando despunta en el horizonte el sol de la reconciliación, la Centroamérica mártir empieza a sanar sus heridas y se llena de esperanza ante nuevas oportunidades.

Los centroamericanos nos sentimos orgullosos de haber llevado adelante los procesos de pacificación y avance democrático, con nuestros propios esfuerzos y bajo nuestro propio liderazgo. Hoy recordamos el papel destacado que tuvieron en esa lucha, las reuniones presidenciales de Esquipulas.

Los actuales presidentes de Centroamérica tenemos el deber de ser dignos continuadores de los esfuerzos de Esquipulas. Asumimos el reto de aprovechar la paz lograda, para dar un golpe de timón en nuestra trayectoria común, que nos conduzca hacia el progreso y el bienestar duraderos.

Al dar ese cambio de rumbo, debemos estar claros de que, como en Esquipulas, nuestro avance dependerá de nuestro propio esfuerzo. Esta verdad general para todo pueblo, es especialmente valedera para los centroamericanos en el momento actual. Hoy experimentamos la injusta paradoja de ver reducida la cooperación externa, como resultado de haber sido exitosos en nuestros esfuerzos de paz, de respeto a los derechos humanos, de democratización y de estabilización económica.

En adelante, conviene que estemos alertas, para no dejarnos deslumbrar por ilusiones pasajeras motivadas por algunas iniciativas internacionales que algunos hacen aparecer como soluciones mágicas para aliviar la dura carga que pesa sobre nuestras sociedades. Volvamos en cambio los ojos hacia nuestros abundantes recursos aún subutilizados, y sobre todo, hacia la inteligencia, la creatividad y el esfuerzo de nuestras mujeres y hombres. Ahí reside el inmenso tesoro con el que de veras contamos. Al trazar un nuevo rumbo para nuestra región, tendremos presente que cada uno de nuestros países tiene su propia historia nacional, tiene sus particularidades, que lo conducen a dar respuestas específicas a sus propias realidades. Pero sin pasar por alto estas diferencias, tendremos también presente que existe un camino centroamericano, un camino común que debemos construir entre todos. Hoy los centroamericanos de distintos partidos y credos, comprendemos con mayor facilidad que el futuro de Centroamérica es de todos o es de nadie. Que sólo lograremos recoger los frutos del desarrollo en cada uno de nuestros países, si pensamos y actuamos como Centroamericanos. Que el árbol del progreso sólo podrá dar sombra y cobijo a cualquiera de nuestros pueblos de forma perdurable, si sus ramas y sus raíces se extienden vigorosas por toda la región.

Puedo decir con certeza y con gran satisfacción, que la búsqueda de este camino centroamericano es el propósito que nos reúne hoy. Vivimos un período rico en comunicaciones y acciones conjuntas entre los gobiernos de la región. Los presidentes que aquí nos congregamos, en poco tiempo hemos compartido muchos sueños y aspiraciones. Cada vez más, hemos coincidido en nuestra determinación de dar un gran salto adelante hacia el desarrollo, avanzando a paso firme por un camino propio.

Cuando pienso en un camino propio, pienso en las lecciones tan dolorosas que hemos tenido que aprender cuando han prevalecido formas de gobierno autoritarias entre nosotros. Esas lecciones nos han mostrado hasta la saciedad, que el desarrollo duradero únicamente es posible con una sólida base democrática y que el crecimiento económico sólo es capaz de esparcir sus beneficios entre las mayorías, cuando surge de una sociedad que vive y produce en democracia.

Cuando pienso en un camino propio para el bienestar de las mayorías, pienso en la necesidad de seguir evitando aquellas vías que a menudo nos han llevado a privilegiar el crecimiento económico por encima del desarrollo social, y a descuidar las inversiones en campos como la salud y la educación. En la construcción de las sociedades centroamericanas del futuro, es necesario que la política económica y la política social sean dos caras de la misma moneda. No podemos arriesgar los equilibrios económicos sin los cuales nuestras sociedades son menos viables. Pero tampoco podemos descuidar la inversión social. Si lo hiciéramos, le cerraríamos el paso al bienestar de nuestras familias, le cerraríamos el paso a la estabilidad política, a la competitividad de nuestras industrias, y a las posibilidades de construir sociedades solidarias, equitativas e integradas.

Cuando pienso en un camino propio en la relación de nuestros países con el resto del mundo, pienso en la engañosa que resulta la opción de la apertura unilateral, y en la necesidad de que avancemos más bien por la vía de la integración inteligente con el mundo. Por la vía que nos permita acceder a niveles mayores de competitividad internacional, con base en la calificación, la creatividad y la productividad de nuestra fuerza de trabajo. Por la vía que nos aleje sin retorno de las ventajas comparativas que se basan en los bajos salarios o en la explotación extensiva de nuestros recursos naturales.

Cuando pienso en un camino propio en la relación de nuestras sociedades con los recursos naturales que les da sustento, es porque pienso en lo equivocado que sería repetir los errores de los países industrializados al impulsar esquemas de desarrollo nacional mientras se provocan grandes desequilibrios en los ciclos vitales que permiten la existencia de la

humanidad. En cambio, mucho podemos aprender de las iniciativas de tantos grupos y empresas de las sociedades civiles del Istmo, que realizan esfuerzos valiosos por proteger los recursos naturales y por producir con métodos más eficientes y más amigables con el ambiente. Nuestro camino ha de ser aquel que nos permita valorizar más nuestros recursos naturales y preservar a la vez nuestro patrimonio natural para las generaciones venideras.

Estas orientaciones que podrían guiar el camino centroamericano están inspiradas por un propósito central. Este propósito consiste en evitar los estilos de desarrollo nacional que se caracterizan por producir y vivir en el presente, sin preocuparse por el futuro. No podemos contentarnos con mejoras frágiles y superficiales de los problemas nacionales, ni nos pueden satisfacer los logros aparentes de hoy, que nos heredan grandes problemas para el mañana. Mientras resolvemos los problemas urgentes, necesitamos también crear bases firmes para que las generaciones futuras puedan vivir mejor que las actuales. Necesitamos avanzar, amigos y amigas, por la vía del desarrollo sostenible.

Los gobernantes centroamericanos queremos aprovechar esa ventana de oportunidades que se abrió con la llegada

de la paz y la democratización. Son oportunidades que los treinta millones de centroamericanos esperan con ansiedad, y que han costado incontables sacrificios a nuestros padres y nuestros abuelos. Y porque tanto han costado, tengo toda la esperanza de que no las vamos a desaprovechar.

Para alcanzar ese objetivo, en los próximos dos días queremos avanzar de las Cumbres de Esquipulas por la Paz y la Integración, hacia esta Cumbre de Guácimo, cuya aspiración se centra en el Desarrollo Sostenible. Demos, entonces, un paso más en la larga e imparable marcha de los centroamericanos hacia el bienestar general y perdurable.

Hoy podemos abrigar esperanzas de que los países del centro de América son más maduros, de que han aprendido las lecciones de su historia, y de que no repetirán sus yerros. Podemos confiar en que nuestros países están preparados para viajar juntos hacia el porvenir, unidos en su hermosa diversidad, y conscientes de su responsabilidad con las generaciones venideras de mujeres y hombres que sólo serán verdaderamente libres, en el tanto sean verdaderamente felices.

Muchas gracias.